

Mario Briceño Iragorry y la libertad espiritual de la Iglesia

LUO

El Concilio Vaticano II terminó en 1965 e invitó a toda la Iglesia a una profunda renovación para presentar al mundo de hoy un servicio en el que se transparente mejor el mensaje evangélico de Jesús.

En 1968 la Asamblea Episcopal latinoamericana, reunida en Medellín, hizo un formidable esfuerzo por traducir a la realidad de nuestro Continente ese espíritu. Desde entonces la Jerarquía católica, y toda la Iglesia, han recorrido un camino difícil, pero lleno de logros y de mártires o testigos de la fe, por lograr una Iglesia que sea clara defensora de la vida desde la opción preferencial por la identidad de Jesús con los más pobres. Desde ahí invita a todos a la apertura a Dios y, en consecuencia, a construir una sociedad donde haya lugar para todos.

Si hoy preguntamos a la población venezolana cómo percibe a la Jerarquía y en general el trabajo de la Iglesia, nos encontramos con que mayoritariamente es sentida como servidora y defensora de la vida de las mayorías. Pero, no era esta la imagen hace 4 décadas. La Iglesia venía de siglos de cristianidad con sistemas políticos confesionales en los que se tendía a privilegiar las buenas relaciones con el Estado y el Gobierno de turno. El Concilio Vaticano II dirá que la Iglesia no pide privilegios a los gobiernos, sino la libertad para actuar evangélicamente con el servicio propio de su especificidad. Lo fundamental no serán —piensa la Iglesia en el Concilio— las relaciones de la Iglesia con el Estado (entendida aquella también como Estado), sino las relaciones de la vida, inspiración y servicio de la Iglesia *con la vida de la gente*.

Por otra parte la década de los cincuenta fue de guerra fría entre las dos potencias enfrentadas por la hegemonía mundial. Ello hizo que en Estados Unidos se impusiera el macartismo anticomunista que llegó a extremos demenciales en su obsesión y persecución contra quien hablara de justicia y de derechos humanos. Este clima llegó también al resto del Continente.

En la Iglesia latinoamericana y venezolana el anticomunismo, el conservadurismo social heredado y la preocupación por las buenas relaciones con el gobierno de turno —aunque fuera dictatorial—, bloquearon no pocas veces lo mejor de su inspiración y libertad servidora de la vida.

Hacemos esta introducción para que el lector pueda valorar en su tiempo la extraordinaria convicción y firmeza interior cristiana de Mario Briceño Iragorry frente a la dictadura y su crítica de laico adulto a ciertos silencios y complicidades que él apreciaba desde el destierro en la Iglesia venezolana. De cartas muy personales a sus amigos sacerdotes Angel Sáez y Humberto Quintero (luego Arzobispo de Caracas y Cardenal) extraemos algunos textos que reflejan los quilates cristianos y la talla de laico y *hombre de Iglesia de Mario Briceño Iragorry*. Las citas están tomadas de su libro titulado “Diálogos de la Soledad”.¹

Desde el destierro de Madrid escribe al P. Ángel Saéz entristecido por el panorama que él apreciaba en el catolicismo venezolano:

De otra parte del catolicismo, pese a los numerosos Clérigos y a las nuevas parroquias, sufre tanto el impacto de una jerarquía entregada, con honrosas excepciones, al servicio de los intereses del actual régimen despótico que azota a Venezuela, como el que, a la vez, le lanza una élite llamada católica, entregada a la embriaguez de la riqueza. La indiferencia de la Iglesia frente a los crímenes del gobierno esté corroyendo el fondo de muchas conciencias endebles. Hasta el presente, el pueblo sólo sabe que algunos prelados se excusan de actuar porque Pérez Jiménez se molesta cuando le abordan la materia. Pues en la época de Gómez los Prelados reunidos en Congreso, le pidieron al Caudillo la libertad de los estudiantes y demás presos políticos y Monseñor Rincón González, de grata memoria, usaba su influencia personal cerca de Gómez a favor de los detenidos. Demás de esto, la situación de la Iglesia frente a la dictadura gomecista era de “conformidad obligada”. Hoy, algunos Obispos hacen el juego a una falsa teoría que intenta presentar al régimen como un apostolado anticomunista y vergonzosamente se han prestado los Obispos a llevar a Caracas las imágenes sagradas de la Coromoto y de la Virgen del Valle, para dar mayor realce a la comedia patriota de la llamada “Semana de la Patria.

Mientras tanto, so pretexto de adhesión a la lucha contra el comunismo, vemos a la Jerarquía indiferente ante el hecho funesto que Boecio cita en su “Consolación”, cuando se refiere a que “a los buenos alcanza la sanción del crimen y a los malos se les reserva el premio de la virtud”. ¡Valiente anticomunismo el que se afianza en verdugos, asesinos, ladrones y fornicarios!. ¡Valiente anticomunismo el del orden que justifica la impunidad del crimen!²

En 1958 añadió gozoso una nota que recoge el valiente enfrentamiento de Monseñor Arias, Arzobispo de Caracas, un año después de haber escrito su anterior carta:

1 Mario BRICEÑO IRAGORRY. *Diálogos de la Soledad*. Talleres Gráficos de la Universidad de los Andes. Mérida-Venezuela (1958), 253 pp.

2 BRICEÑO. Ob. Cit; 173-174.

En forma que le ha valido el aplauso del mundo, el Excmo. Sr. Arzobispo de Caracas, Rafael Arias Blanco, desnudó valientemente la injusticia económica del régimen perezjimenista. Tanta fue la hondura con que caló en el ánimo del pueblo la palabra del egregio Prelado, que a la hora de la caída del dictador, se le miró como centro luminoso y orientador de la conducta del pueblo.³

Briceño Iragorry se adelantó a su época en la intuición de una Iglesia defensora de los pobres, de la justicia y de los derechos humanos:

En último análisis, la realidad de las ideas sociales descansa sobre el ángulo de este concepto: el capitalismo oligárquico, con raíces en la defensa de los "derechos adquiridos", se opone ahincadamente al anhelo de las masas asalariadas y depauperadas, que buscan el reconocimiento de su derecho a la vida.

Cuando la lucha se hizo más tensa, la Jerarquía eclesiástica no esquivó alianzas con los poderosos, por donde los amigos del pueblo tuvieron pie para decir que la Iglesia es opio que aduerme las conciencias humildes en beneficio de los opresores.

Bien conocemos los esfuerzos de los últimos Pontífices para crear una doctrina que sirva de apoyo teórico a los derechos de los pequeños y últimamente hemos visto el movimiento pedagógico hacia un "mundo mejor". Todo esto es valioso, pero ¿Cuál es la realidad de la conducta de muchos Obispos y de muchos sacerdotes frente a los privilegiados?

Yo no culpo, por caso, a nuestro pueblo venezolano de su indiferencia religiosa ¿Cómo ha visto él proceder a sus inmediatos directores? ¿Qué ha contemplado la América en general?⁴

En otro momento, después de hacer unas consideraciones sobre la intervención norteamericana en Guatemala y sobre el papel de la Iglesia concluye:

Otro sería el caso si la Iglesia estuviese menos acomodada al aire de las conveniencias transitorias. No pido yo un clericalismo de izquierda, que haga de los Obispos aliados incondicionales de las fuerzas que adversan a los déspotas. Aspiro simplemente a que la Iglesia se deshaga del absurdo clericalismo de derechas, por donde aparece su suerte vinculada a los intereses de los poderosos. Esa Iglesia, en realidad, es la negación del Evangelio de Nuestro señor, quien desde la hora bendita de la Encarnación hasta la hora triunfal del Calvario mostró donde estaban sus preferencias sociales.⁵

Sin duda, el espíritu cristiano de Briceño-Iragorry se hubiera reconfortado al ver todo lo que se ha avanzado en nuestra América en el camino de un catolicismo más evangélico, aunque también hoy le dolerían los patentes silencios, reticencias y complicidades, de algunos.

En carta amistosa desde Madrid al P. Quintero, que más tarde será Arzobispo y Cardenal, le dice sobre el anticomunismo de muchos que se identifican con la política imperialista de EE.UU.

3 BRICEÑO. Ob. Cit; 174.

4 BRICEÑO. Ob. Cit; 129-130.

5 BRICEÑO. Ob. Cit; 131.

Jamás he creído en la sinceridad de una lucha doctrinaria anti-comunista como política de Estados Unidos. Este país lucha por el dominio material del mundo. A él sólo interesa la explotación de los pueblos. El comunismo se adversa de otra manera. El comunismo, en su parte filosófica de negación de los valores cristianos, se vence haciendo triunfar estos valores...⁶

Yo te escribí alguna vez acerca de la traición que constituye, no el hacer concesiones a la bandera de los contrarios, sino entregar a los enemigos nuestras banderas de justicia. Los cristianos que se suman al anticomunismo de los rateros, hacen el juego a los contrarios y les entregan sus consignas de combate. El latifundista sin entrañas, el agiotista inmoral, el comerciante especulador, el monopolista avaro, el banquero succionador, son anticomunistas porque temen las reformas sociales y creen hallar apoyo para sus sistemas inhumanos en una falsa concepción del orden, que pretenden confundir con el ideal orden cristiano. Esos anticomunistas de bolsa y olla rodean a todos los gobernantes que les aseguren en cualquier forma la permanencia de la impunidad para sus negocios sórdidos. Esos anti-comunistas, cuando es del caso, ayudan con sus monedas sucias al cura que les otorga una simoniaca absolución social.⁷

El mismo Briceño Iragorry, que ha sido acusado de comunista por oponerse al régimen y por sus inquietudes sociales, pregunta:

¿Quién está con Cristo? ¿Yo que pido justicia para el pueblo y encarezco la necesidad de la concordia nacional, o los hombres pacatos, que hacen la vista gorda ante los asesinatos, las torturas y los vejámenes que sirven de sustentáculo al actual régimen venezolano?...¿Podrá llamarse "paz-social" ese espantoso drama de miedo, de temor y de muerte que sirve de seguro a los grandes negociados y a los jugosos porcentajes con que se hacen ricos los actuales mandatarios y sus alegres cómplices de dentro y fuera del gobierno?...¿Se puede llamar de seguridad un sistema que amenaza continuamente a quienes no se suman a la farándula entreguista?⁸

Sin embargo, caro Humberto, desde representantes de las más encumbradas Jerarquías hasta esos asustadizos venezolanos de resuello corto para la digna espera, se han sumado al coro de la "gente de orden" que apoya y alaba al régimen actual. Pedro Estrada, pongamos por caso, es recibido hoy con todo género de honores en las más exclusivas mansiones caraqueñas y clérigo no ha faltado que celebre los sagrados Misterios en el propio sitio donde Estrada tortura sus víctimas, no para pedir alivio de éstas, sino para festejar la presencia de aquél al frente de la llamada Seguridad Nacional⁹.

Por esta actitud Briceño Iragorry es condenado en muchos ambientes (tanta es la deformación de la conciencia) como contrario al catolicismo:

No quiero escribir nombres, pero debo aludir a hechos. A mí, porque predico la justicia, la concordia, la paz, la inteligencia, en fin como elementos indispensables a la sociedad venezolana, se pretende negarme el derecho a ser visto por hombre de fe; en templos de Caracas, mientras tanto, se honra a pseudocatólicos que amasan fortunas en asocio con los poderosos, por medio de fraudulentas comisiones con que se saquea al Erario.¹⁰

Por Cristo estoy dispuesto a morir, pero no estoy dispuesto a matar. El único hombre que Cristo pide que se mate, es el hombre viejo que impide en nosotros el descenso de la gracia. Esto entra en el orden particular de la salvación de cada quien. Condeno

6 BRICEÑO. Ob. Cit; 25.

7 BRICEÑO. Ob. Cit; 27-28.

8 BRICEÑO. Ob. Cit; 37-38.

9 BRICEÑO. Ob. Cit; 39.

10 BRICEÑO. Ob. Cit; 40-41.

todo tipo de agresión cómo método válido para hacer triunfar una idea. La única muerte que hace fecunda las ideas es la propia muerte de quienes perecen predicándolas. La muerte de Leonardo Ruiz Pineda, de Alberto Carnevali, de Wilfredo Omaña, de Hernán González, de Castor Nieves, lejos de favorecer el actual régimen, beneficia a una revolución que sabe refrendar con sangre sus ideales de lucha.

Se me puede decir sentimental porque creo en una Iglesia Eterna, que nada deriva de un orden afincado en la injusticia. La Iglesia, acaba de decirlo el Romano Pontífice, no puede ser llevada a remolque de ninguna potencia política o de grupo de potencias. Yo sigo a esa Iglesia libre de reatos paganos, no al clero erradizo que, para defender la olla, se compromete con los banqueros y los traficantes de armas.

A la hora de tomar partido, me quedo con San Ambrosio y no con el Emperador. Lo probó, cuando los católicos de 1930 se sumaron a la política antirreligiosa de Rubén González y yo, con dos o tres más expuse mi libertad al lado de mi Obispo. Si desgraciadamente viere mañana al Obispo en los festines de Teodosio, me separaré de ambos y me juntaré con los otros cristianos desamparados por su Pastor¹¹.

Llámame a mi comunista por mi amistad con hombres que profesan el comunismo o por mis ideas de convivencia y tolerancia social o aún por haber suscrito en unión de comunistas algún manifiesto en defensa de la libertad, de la democracia y de la paz, sería lo mismo que llamar comunista a nuestro ilustre amigo Monseñor Pellin, por su notoria amistad con comunistas y por haberse sentado con éstos a la mesa fraterna donde los periodistas discuten sus intereses gremiales. Habría que llamar también comunistas a los Obispos Adam y Bernal, por no mentar a otros altos y egregios Prelados que tampoco disimulan la amistad personal con hombres de ideas opuestas a las doctrinas de la Iglesia. En cambio, ¡Qué chasco habrán de sufrir a la hora de la verdad los Obispos y Sacerdotes que miden la ortodoxia de sus fieles por el tono de las protestas de anti-comunismo que continuamente aparecen a la luz pública! Si mañana se necesitase para medrar con el gobierno o para hacer buenos negocios con los yanquis un manifiesto anti-papal, esos mismos anticomunistas de hoy repetirían la conducta de los famosos católicos que acompañaron a Guzman Blanco en su proyecto de Iglesia venezolana ¿Recuerdas caro Humberto, los famosos católicos que apoyaron la expulsión de Mondesdeoca? Muchos de ellos son hoy "defensores del orden que sostiene la arbitrariedad, más se dicen representantes del pensamiento católico del país"¹².

Creemos que Mario Briceño Iragorry viviría con alegría los cambios actuales de la Iglesia en Venezuela, más consciente de que la defensa de la vida de los pobres y la libertad espiritual frente a los gobiernos, son inseparable de su identidad.

No queríamos que estas hermosas y sentidas expresiones de la profunda fe de Mario Briceño

Iragorry y de su claridad sobre el papel social de la Iglesia quedarán olvidadas en la conmemoración centenaria de este ilustre católico venezolano.

11 BRICEÑO. Ob. Cit; 42-43.

12 BRICEÑO. Ob. Cit; 44.